

## DE ESPERA.

---

Vamos, Señor..... Pero estas liebres... ¿qué estarán haciendo que no salen?... Se va á poner el sol: media hora hace ya que no da en este collado, que está tan fresco y tan hermoso, y tiene una campera tan verde..... Ya se ve... allí debajo de aquellos chaparros se tean en el verano las ovejas, de modo que el terreno está bien abonado, y humedecido con las lluvias del invierno, ahora en cuanto le calienta el sol de Mayo, se pone que da gusto... Parece que está convidando á las liebres á salir á repastar y á solazarse después de los calores del día; pero, nada, las liebres no parecen... y á lo mejor no vendrán, porque ellas son así: cuando con más seguridad se las espera, no vienen.....

Y ¿qué hago yo aquí toda la tarde?... La verdad es que no se está mal debajo de esta escoba, y las vistas no pueden ser más hermosas; pero también se cansa uno de mirar la pradera aterciopelada, y los espinos verdes, y los brezos floridos...

Vale Dios que debo de tener un libro en

el bolso de la chaqueta... Sí, justo, el libro de Andrés Miralles, *De mi cosecha*, es decir, de la suya, que me llegó esta mañana por el correo... Estoy remediado. Mientras vienen las liebres y no vienen, leeré un par de artículos.....

*Fuera del puerto.* Así se llama el que encabeza la obra... Y es una descripción bien hecha de una salida en lancha á visitar un buque... También es bonito este fotograbado... pero no tanto como la descripción.

*Jazmines...* «El silencio se enseñoreó de los campos; la angustiada chicharra cesó en su pertinaz canturria, dando reposo á los élitros; y el infatigable labrador regresó ya á su hogar después de haber ganado el pan de cada día con el sudor de su frente. En los establos descansan las bestias una vez saboreado el merecido pienso; las aves del corral dormían su primer sueño, acurrucadas en sendos palitroques y metido el pico en el suave plumón de la pechuga, y la triste y poética claridad del crepúsculo de la tarde envolvía el horizonte en resplandores de luz anaranjada... La brisa de tierra descendía del monte á la llanura para perderse en el mar, entreteniéndose antes en cabildeos amorosos con las ramas de los árboles, y dejando entre ellas olores de la sierra.....»

También esto es bonito. Es otra descripción de un lujoso paisaje valenciano.

¿Qué viene después?... *Un pueblo de porcelana...* Muy bien... Me gusta. Es una expedición á Manises, con interesantes noticias de la historia de la cerámica, contadas, por supuesto, con gracia y ligereza. Nada... que no acierto á dejar la lectura.....

¿A ver qué es esto que sigue? *Galán de noche.....* Aquí sí que hasta ahora no veo el chiste... No, señor, no; me va pareciendo una soxada..... ¡Huy! y además es verde..... quita, quita.

.....  
¡Por vida del libro!... Si bien dice el refrán que sorber y morder no puede ser... sino que cuando de caza, de caza, y cuando de lectura, de lectura..... ¡Pues no se me acaban de marchar dos liebres, tan grandes y tan hermosas, que estaban paciendo junto al cañón de la escopeta como quien dice! Es claro... al cerrar el libro de golpe y echarle á rodar disgustado de hallar en él obscenidades, se largaron sin darme tiempo á echar la escopeta á la cara... ¡Ya, ya! ¡Qué paso llevaban! Y ahora, con el susto, son capaces de no volver en toda la tarde... Vamos... tanto como en toda la tarde... Pero lo que es en un buen rato de seguro no vienen... De modo que voy á leer otro poco.

Tras del malaventurado cuento verde, que como cuento tampoco tiene gracia, viene *El mar de mi tierra...* Una marina fresca y viva

y rumorosa, como aquella que presentó Juste el año 1884, en la que se veían romperse las olas, y el muelle salpicado de agua y de espuma.....

*Las hormigas...* Este artículo no me gusta tanto como el anterior... Voy á saltar á la segunda parte del libro, titulada *Notas madrileñas*.

¡Ah! sí, el primer artículo es el de la *Floricultura callejera...* le conozco de haberle leído en *El Correo*, y me gustó mucho... le voy á volver á leer... ¡*El tics-too de cla-veles doobles!* Este grito que á la entrada de la primavera suele dar por las calles de Madrid un hombre que lleva del cabestro un burro cargado de tientos de flores, ha inspirado á Andrés Miralles un artículo de costumbres bien escrito, lleno de verdad y de vida.....

Sigue *El turrón*, artículo gracioso con buenas alusiones políticas... *La mujer del Guadarrama...* *La feria de Madrid...* Este último también está bien hecho... *La ciencia extra*, y entre paréntesis, *Lo que priva...* Este no me gusta, porque sus apreciaciones son apasionadas y erróneas. La ciencia extraoficial puede ser que no ande muy medrada entre nosotros; pero lo que es la oficial... ¡Dios mío!

*Estrellas fugaces...* Este empieza bien... Me gusta como sigue... ¡Qué bien y con qué gracia censura la desvergüenza de ciertas *artistas* de los teatrillos de verano y ridiculiza los

bombos que las dan algunos periodistas... también de verano!... Es que es muy bonito este artículo... Como haya muchos así, casi me alegraría que no vinieran las liebres...

*Lapicero, borrador y guardapuntas...* ¡Qué título más raro!... Pero bien apropiado para censurar á los hombres que quieren y creen servir para todo, y en realidad para nada sirven... Lo mismo que el chisme del título, que apuradamente aún es caro en diez céntimos, porque el lapicero no escribe, ni el borrador borra, ni el guardapuntas guarda cosa mal-dita.

*Cosas de verano...* Un jugueteito muy gracioso... ¡Qué bien están estos párrafos!

«Las cosas de verano, como las de invierno, como las de entretiempo y como todas, nos dan hecho al tipo que las lleva.

»La chistera blanca señala al majadero pomposo. Los botines blancos al cursi recalitrante. La petaca de paja al cándido. La sombrilla de hilo crudo al buen hombre. (Es prima hermana de la caña de pescar.) El abanico... ¡pues ya lo ven ustedes! Y el bastón claro, al simple.»

Tercera parte. *La revista de Clarín...* Esto ya tiene más miga... Aquí Miralles oficia de crítico... y no lo hace mal por cierto... ¡Qué verdad es esto que dice de los últimos libros de la señora Pardo Bazán!... «Diré sencillamente que ni *Morriña* ni *Insolación* ni *Una*

*cristiana*, son tres novelas: son tres *latas* de primer orden....»

Muy atinado es todo esto de la inverosimilitud del argumento de *Insolación*... Vamos, que este artículo es excelente.

*L'ennervant* (juguete político)... Pero muy gracioso, muy gracioso, aunque es posible que al personaje aludido no le haga mucha gracia.

*Campoamor y Balart*. Otro artículo de crítica seria y concienzuda, sin dejar por eso de ser agradable. Porque ahí está la gracia: en no separar las dos palabras que nos dejó unidas Horacio; en decir la verdad y deleitar diciéndola. Y además, en decirlo modestamente, sin aparatos, y sin darse aires de crítico de profesión. Al revés de lo que hace doña Emilia Pardo Bazán, verbigracia, que publica con mucho ruido un tomo mensual, impreso en buen papel, y titulado *Nuevo Teatro crítico*... para poner reparos á Pereda, y elogiar abiertamente á un señor Polo y Peiron, que será una persona muy estimable, pero que como novelista no es más que un pobre diablo. Todo porque... piadosamente pensando... todo porque los libros de Pereda se venden más que los suyos, y los del otro, en absoluto, no se venden; es decir, no se compran...

*Lo que se trae el señor Romero Robledo... Geometría reformista... El triángulo electoral...*

Es un artículo ligero, en que luce Miralles su ingenio natural y sus conocimientos del alumno de la escuela de Artillería.

*Las voces de los pavos... La prensa y los partidos... Carta á la familia...* ¡Hombre! ¡Qué gracioso y qué salado es este último artículo! ¡Qué pintura más bien hecha del diputado rural, con su ambición y su ignorancia!

*Todo en broma*... Este parece por lo que voy leyendo artículo laudatorio, y lo mejor será saltarle.

*Posdata*... Psch... Aquí tiene Miralles el mal gusto de tirar una chinita á la acción popular en el crimen de la calle de Fuencarral, diciendo que él se mantuvo en el justo medio. Como si el medio pudiera ser justo cuando está en un extremo la justicia... También tiene el mal gusto de defender á la segunda duquesa de Castro-Enríquez... y de elogiar á Romero Robledo... Psch.....

En fin, todo esto se le podía perdonar por las muchas bellezas de la obra. Lo que no se le puede perdonar es el cuentecillo verde, que me impide recomendar el libro... ¡Qué lástima, haber afeado con una insustancialidad así un libro por lo demás tan agradable!... Parece mentira que un hombre de talento como Andrés Miralles cometiera esa falta... Parece mentira... ¡Calla! Parece mentira que con mis lecturas y mis comentarios no se haya espantado esa liebre... Y está paciendo

tan tranquila... No, pues me parece que de esta hecha... no te vas á los tri... ¡plum!.....

—¿Has matado algo?—me preguntó Juanito, que estaba en otro puesto un poco más arriba.

—Sí, sí—le contesté.

—¿Qué has matado?

—Un libro... digo, una liebre muy grande; lo menos pesa media arroba.

—No será tanto. Y eso que una que maté yo aquí el año pasado pesó once libras.

—Pues por ahí andará ésta... Ven, ven, verás qué gorda está.....

Y efectivamente lo estaba.

## PEPITA JIMÉNEZ.

(1879.)

Sobre si esta novela es buena ó mala, parece que pudiera decirse mucho. Por de pronto, si se dice que es buena, hay que añadir que se parece bastante á las que no lo son, y si se dice que es mala, no se debe omitir que es casi buena: tan confundido anda en ella lo bueno con lo malo.

Mas como quiera que, según la fórmula escolástica, *bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*, bien puede afirmarse que *Pepita Jiménez* es una novela mala á carta cabal, sin que por eso deje de ser cierto que la falta muy poco para ser excelente.

El señor don Juan Valera y Alcalá Galiano, á quien no se le puede negar erudición, habilidad y talento dignos de empleo más meritorio, ha querido llevar el doctrinarismo á la literatura, y, en efecto, ha logrado hacer una novela doctrinaria en toda regla: con todo el bien necesario para servir de pasaporte al

mal: con todo el mal preciso para contrarrestar el bien y esterilizarle: con todos los encantos y atractivos que pudieran hacer amable la lectura. Así es que ha tenido gran éxito.

¿Cuál ha sido la intención trascendental del autor? Él dice con toda formalidad que ninguna; y, si la cosa fuera de suyo menos increíble, habría que creerle. Pero ¡triste y menguado fin entonces el de las obras literarias!

Sin embargo, lo que hay es que el señor Valera se siente acusado de haber escrito esta suya con intención diabólica, y no atreviéndose á confesar que la tuvo mala, ni á proclamar tampoco que la tuvo buena, prefiere acusarse humildemente de haber querido partir por el medio el *utile dulci* del preceptista latino, escribiendo al efecto en el prólogo de una de las ediciones anteriores y repitiendo en esta «para descargo de su conciencia, que al escribir *Pepita Jiménez* no tuvo ningún propósito de demostrar esto ó de impugnar aquello; de burlarse de un ideal y de encomiar otro; de mostrarse más pío ó menos pío.» «Mi propósito, añade, se limitó á escribir una obra de entretenimiento. Si la gente se ha entretenido un rato leyendo mi novela, lo he conseguido, y no aspiro á más.»

Conste, pues, que el señor Valera no quiere pasar por malo rematado, ni tampoco por bueno á toda prueba; no pretende ser tenido

por impío, ni desea que se le juzgue piadoso: su aspiración se reduce á entretener á la gente con sus indecisiones de doctrinario.

Perteneció don Juan Valera á la redacción de *El Contemporáneo*. Educado allí haciendo guerra ¡y cuán implicable! al gobierno de los cinco años de la unión liberal, por cuenta y bajo la inspiración de don Luis González Brabo, se le declaró luego en rebeldía, lo mismo que sus compañeros los señores Alvareda, Correa y Fabié, y juntos se dieron á defender, con grave disgusto de su patrono, siendo el ministro, la legalidad de la democracia. Desde entonces casi siempre han vivido con los unionistas, á quienes con tanto furor combatieron; y ahora, mientras el señor Fabié milita en el partido conservador volviendo á ser casi moderado, los señores Valera y Alvareda se hallan afiliados al partido constitucional, siendo, por consiguiente casi progresistas.

Verdad es que este partido al fin es un partido doctrinario, mas no es precisamente el que mejor representa las ideas del autor de *Pepita*, el cual, exento de muchas de las clásicas preocupaciones de nuestros progresistas, podrá escribir por desgracia prólogos á las obras de Voltaire, pero ha rendido homenaje á la verdad algunas veces. Tanto es así, que se han dado casos de haber sufrido una refutación ineludible y contundente con párrafos cortados de los libros del señor Valera las

afirmaciones del periódico político *El Debate*, que el señor Valera inspira ó dirige.

Este es el autor de *Pepita Jiménez*: veamos ahora cómo es el libro.

Por supuesto que el señor Valera, si en el prólogo asegura que no tuvo «ningún propósito de demostrar esto ó de impugnar aquello», en el cuerpo de la obra no sabe hacer apenas otra cosa que desmentirse á cada paso.

Precisamente, y como por castigo de la escéptica frivolidad de que hace pecaminoso alarde, su novela es toda una exposición de doctrinas.

Sirva de ejemplo cuando asienta que las malas lecturas no hacen daño, ni la perversión de las ideas tiene parte en la perversión de las costumbres; ó cuando afirma que la vinculación era injusta y ridícula; ó cuando lanza la bárbara afirmación de que ciertas cuestiones no tienen más arreglo que un desaffo, es decir, que no hay más remedio que quebrantar la ley de Dios, ó en otros términos, que la ley de Dios es imposible de cumplir; ó cuando diserta profusamente sobre los dos sistemas de educación de la juventud, el de prudente aislamiento y el de libertad amplia, decidiéndose, como era natural, por el más malo; y en fin, cuando presenta en cada hoja otras muchísimas teorías de la misma laya, protegidas y amparadas por sofismas,

unas veces más y otras veces menos deslumbradores.

Pasando por encima de la intención, que según el autor no es buena ni mala, pero que realmente es mala, entre otras varias razones por la de no ser buena, la obra está originalmente pensada y harto bien escrita.

Pasajes hay en ella redactados con tanto juicio que pudiera suscribirlos un buen cristiano.

Toques tiene de tan exquisita gracia, que hacen mucho más deplorables las aberraciones.

Como cuando, en son de censura para la presumida soberbia de don Luis de Vargas, pondera lo imposible de llegar de repente y sin trabajo propio ni mortificación apenas, á los grados superiores de la oración, y añade: «Hasta en las vanas y falsas filosofías que tienen algo de místico, no hay dón ni favor sobrenatural sin poderoso esfuerzo ni costoso sacrificio. Apolonio de Tiana se supone que se maceró de lo lindo antes de hacer sus falsos milagros. Y en nuestros días los krausistas, que ven á Dios, según aseguran, con vista real, tienen que leerse y aprenderse antes muy bien toda la *Analítica* de Sanz del Río, lo cual es más dificultoso, y prueba más paciencia y sufrimiento que abrirse las carnes á azotes.....»

Mas á vuelta de sus bellezas, deslucen la obra gravísimos defectos.

En primer lugar, el más importante de los personajes, ó por lo menos el que más habla, ó el que más escribe, que para el caso es lo mismo, no es un personaje artístico, sino una caricatura.

El señor Valera, por hacer aborrecibles ó despreciables ciertas ideas y ciertas cosas, si hemos de creer á las apariencias, ó simplemente para divertir y hacer gracia, si hubiéramos de creer en sus declaraciones, ha pintado en su don Luis un seminarista que no se parece nada á los seminaristas que hay en los seminarios.

Aquellos alardes de sabiduría religiosa y de elevación mística, quien conoce á fondo la educación del seminario, le asegura al señor Valera que son asaz inverosímiles: aquellos deseos de ser misionero y de convertir infieles en tierras lejanas, aún cuando pudieran pasar, aliñados con más formal y más modesto ropaje, aparecen tan abultados, nacidos de tan mala raíz y sostenidos en tan vano fundamento, que no caben tampoco dentro de la verdad artística.

No. Los esforzados varones que se abrazan á sangre fría con la esperanza de una muerte oscura y dolorosa, y lo que es más, con la de un ignorado y larguísimo sufrimiento; los que para correr tras de ese sufrimiento y esa muerte abandonan patria, familia, comodidades, intereses, afecciones y todo, no pueden

hacerlo al impulso de bajos móviles mundanos, como ha tenido el triste valor de afirmar un célebre publicista (1). No; los heroicos misioneros de la Iglesia católica, que van á llevar la luz de la verdad á las más apartadas regiones de la tierra no van, créalo el señor Valera, no van movidos por un miserable deseo de mundana gloria, sino por el amor á Jesucristo, que, cuando es verdadero, no conoce lo dificultoso ni lo imposible.

Y si no, ya ve el señor Valera cómo al autor de injuria tan ruin y despreciable, á pesar de que su vanidad no debió ser floja, no le dió jamás por meterse fraile para ir á convertir infieles al corazón del Africa ó á las riberas de Cochinchina.

El señor Valera pone empeño en que don Luis se muestre en sus cartas escrupuloso y rigorista, para tener después el gusto de hacerle sufrir caídas vergonzosas y el de contárnoslas con tal escasez de recato, que resulta peligrosísima la lectura.

Y no satisfecho con que su estudiante, tan esmerada y religiosamente educado por el señor Dean, no acierte á evitar deshonestos deslices, que todavía, sin recurrir á la ineficacia de la doctrina, pudieran explicarse por lo irresistible de la emboscada que se le tiende y lo violento de la pasión amorosa, empe-

(1) D. J. F. Pacheco.



ñándose el novelista, al parecer, en que el sistema quede por entero sin prestigio, y bien demostrado que la educación religiosa para nada sirve ó sirve sólo para que los que la recibieron obren exactamente lo contrario, hace á su personaje provocar un duelo sin qué ni para qué y á sangre fría, y añadir de esta suerte un nuevo pecado á sus pecados anteriores.

De tan desapacibles profanidades intenta disculparse el autor en el prólogo, diciendo que «no habría *poesía* ni *arte* en hacer á don Luis desistir fría y razonadamente de ser un santo misionero para casarse por sus pasos contados, y sin el menor trastorno de trámites, con su Pepita»; apreciación que además de tener en contra suya el sentido común y el sentido estético, se halla contradicha en varios pasajes de la obra, como por ejemplo, donde hablando de las circunstancias de la vida de don Luis en su pueblo, se dice que «tan poderosa combinación de medios naturales y artificiales debía dar un resultado infalible.»

Pues si el señor Valera supo, y así es verdad, disponer de tal modo las cosas, fingir la acción con tal artificio, que don Luis llegase infaliblemente á perder su vocación y casarse con Pepita, si este desenlace resulta de la marcha natural de la acción plenamente justificado, ¿para qué se necesita acudir á la

transgresión de los preceptos divinos? ¿O es acaso que la poesía y el arte han menester valerse de fealdades horribles para ser la expresión de la belleza?

Queriendo prevenir el cargo que pudiera hacérsele por hablar malamente de la vocación eclesiástica, dice el señor Valera que él se refiere en sus burlas á lo vano de la vocación de don Luis, no á la vocación misma; y luego, para disculpar los malos pasos por donde le llevó á perderla, dice que era una vocación que no podía desvanecerse sin la violencia de pasión grandísima.

¿En qué quedamos al cabo? ¿Era verdadera ó era falsa la vocación del seminarista del señor Valera? Porque si lo primero, el burlarse de ella es iniquidad grave; y si lo segundo, nada más natural sino el que don Luis, en viendo una mujer de su gusto, se enamore y se case «por sus pasos contados», y entonces huelgan allí las liviandades y los duelos.

Agravios y desagravios para las personas y cosas religiosas se encuentran en el libro á cada instante.

Tan pronto nos dice que el clero «acaso tenga la culpa» de la decadencia de las costumbres, porque acaso «no está en España á la altura de su misión», como nos certifica de que los que le motejan de ignorante, le injurian porque le desconocen.

Así escarnece al vicario del pueblo de Pepita, poniendo simplezas en su discurso, como hace de su virtud y de su sentido práctico los más fervorosos elogios.

Ora se leen párrafos escritos como para hacer creer que el autor ha querido mofarse de la mística y la ha estudiado adrede para burlarse de ella, ora otros párrafos en donde se habla de la mística con respeto y casi con amor, y se dice que no es la mística la que permite caer á don Luis, sino la falsa mística.

El afán de mostrar su erudición teológica, venga ó no venga á cuento, le hace con frecuencia al señor Valera poner en ridículo á los personajes por cuya boca quiere vomitarla; como cuando nos presenta al padre vicario echando á Pepita, en circunstancias graves y apuradas, una extravagante disertación sobre los tres demonios que suelen tener comercio con las almas.

Hay allá también en la página 146 una frase que sabe á herejía contra el dogma de la resurrección de la carne; mas como el señor Valera va dejando caer por todo el curso del libro más ó menos explícitas profesiones de católico, creemos desde luego que la frase aludida es un descuido involuntario.

El problema de la educación de los jóvenes le plantea sin ambages el señor Valera en la primera carta de don Luis á su tío, y le re-

suelve, según dijimos antes, en el peor sentido posible. Y no quiere que la resolución lleve el sello de la inexperiencia del estudiante, sino que pretende cubrirla con el manto de la madurez y la ciencia del señor Deán, á quien supone partidario acérrimo de su sistema.

Su sistema ó su método no es «el de aquellos que procuran conservar la inocencia» en los jóvenes que educan, apartarlos de las ocasiones de pervertirse, y preservarlos de que vean malos ejemplos, «creyendo que el mal no conocido se evita mejor que el conocido»; es el «opuesto», es decir, «el de aquellos que valerosamente y no bien llegado el discípulo á la edad de la razón, le muestran el mal en toda su fealdad horrible y en toda su espantosa desnudez», le enseñan de cuántas maneras puede faltar á sus deberes, para que si quiere, y querrá de seguro, las ponga en práctica, y corra desde luego por todas las veredas del pecado.

«Yo entiendo, dice el señor Valera por boca de su estudiante, queriendo dar alguna razón de su injusta preferencia, yo entiendo que el mal debe conocerse para estimar mejor la infinita bondad divina». Botaratada insufrible y que no era de esperar en manera alguna de un escritor tan ilustrado como el señor Valera. ¡Como si la infinita bondad divina necesitase para ser estimada de ser con-

trapuesta\* á los males del mundo! ¡Como si la infinita bondad divina no pudiera ser estimada por la Santísima Virgen, exenta de toda mancha, por los ángeles que nunca pecaron, y por tantas y tantas almas que se han ido del mundo al cielo libres de culpa actual.

Insisto en este punto más que en otros, porque el demostrar como justa la preferencia dada á este segundo método de educación sobre el primero, parece el fin principal del libro, sin perjuicio, por supuesto, del de divertir y hacer gracia, único y exclusivo que el autor confiesa.

De todos modos, el método patrocinado y alabado por el señor Valera, no es nuevo, sino muy antiguo, y por cierto que no se le puede negar una filiación ilustre. Su primer partidario y predicador en el mundo fué el demonio, cuando en cuerpo de serpiente se arrastró bajo los árboles del Paraíso. El sugirió á nuestros primeros padres la idea de conocer el bien y el mal para ser felices. «Bien sabe Dios, les dijo, (Gén. III, 5), que en cualquier día que comiereis del *fruto vedado*, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal: *aperientur oculi vestri, et eritis sicut divi*, SCIENTES BONUS ET MALUM). Él les educó por el método favorito del señor Valera, y no hay que decir que, por nuestra desgracia, salieron alumnos aprovechados. No fueron precisamente como dioses, pero incu-

rrieron en la ira divina y trajeron al mundo el pecado y la muerte con todo su cortejo de males, para sí y para toda su prole desventurada.

Desde entonces, y como quiera que, por virtud de aquella primer educación, es infinito el número de los necios (Eccles. II, 15), el método ha tenido y sigue teniendo infinitos partidarios.

Lo son, en primer lugar, casi todas las hijas de la primera alumna, si se trata de la educación de los hombres. Y eso que las muy simples son las primeras en tener que sentir las amargas consecuencias de ese error grosero y funestísimo; pero ello es que entre las mujeres tiene como fuerza de axioma que es mucho mejor que los hombres *la hayan corrido*, y bien rara será la joven que, como tenga en dónde elegir, no se enamore del más perdido de sus pretendientes.

Empleo laudabilísimo del arte sería tratar de desvanecer esta preocupación: don Ventura de la Vega lo procuró en *El Hombre de Mundo*; pero el señor Valera, á pesar de su clarísimo ingenio, tiene por mejor contribuir á sostenerla y arraigarla, proclamando en teoría la excelencia del sistema de ancha libertad sobre el de saludable rigor en la educación, y ensayando demostrar prácticamente la verdad de esa tesis en su obra.

No se lo demande Dios al autor de *Pepita*.